
SOBRE (IM)POSIBILIDADES POLÉMICAS

JON UMEREZ

El desarrollo de conocimientos en el ámbito de la genética ha modificado de forma indudable las posibilidades de la acción humana y, consecuentemente, ha venido a plantear con fuerza la pregunta acerca de cómo elegir entre esas posibilidades. En este sentido, se amplía constantemente el ámbito de cuestiones que requieren de atención, tanto en el orden de la reflexión epistemológica y metodológica como en el de las implicaciones éticas, legales y sociales. En particular estas últimas, debido a las potenciales consecuencias directas sobre las personas, tanto tecnológicas (nuevas biotecnologías alimentarias, reproductivas, de la salud, etc.) como las colectivas (bases de datos, privacidad, justicia, etc.). Interrogantes que, por supuesto, hacen referencia a las relaciones entre moralidad y conocimiento científico en el campo de las ciencias (y tecnologías) de la vida.

No obstante, en vez de tratar esos desafíos, me gustaría apuntar un fenómeno o una circunstancia que, si bien se ha dado en cierta medida en otros casos (energía nuclear, otras investigaciones con fines militares, algunos tratamientos médicos), se manifiesta ahora con particular intensidad y con efectos más drásticos (legales, regulación de la investigación, sesgo en la financiación). Me refiero a la magnitud del debate público, la combinación de alarma, preocupación y expectación suscitadas y el consecuente énfasis en la dimensión ético/moral (y legal). Sobre todo, me preocupa la frecuencia con la que los términos de la discusión no están suficientemente justificados por la evidencia científica y, sin embargo, centran la atención mayoritaria con una intensidad y generalidad merecedoras de mejor causa.

No se me entienda mal; es difícilmente cuestionable que los recientes avances en genética molecular están teniendo un extraordinario y muchas veces fundamentado impacto en la opinión pública. Tal repercusión viene sustentada en el alcance y la importancia científica de los descubrimientos y logros obtenidos, pero va mucho más allá de lo que éstos justifican. Se está produciendo una exacerbación de esperanzas y temores por igual que no tiene parangón.

No está de más, por lo tanto, recordar que la imagen de la vida derivada de los últimos desarrollos de la biología plantea complejos problemas de interpretación. Así, cuanto más se habla de los diversos fenómenos y

aplicaciones técnicas que derivan de estas investigaciones, más claramente se percibe la necesidad urgente de una noción clara de, como mínimo, qué se entiende por *causa genética* (y, por supuesto, conceptos conexos como los de información genética, herencia, epigénesis, desarrollo ontogenético) en el contexto de la compleja red de factores que dan cuenta de la formación de un ser vivo y, muy en particular, de un ser humano. De hecho, tanto los análisis éticos y sociopolíticos, como el debate público requieren y dependen de una dilucidación específica de esas nociones.

Esto es algo bien sabido y los especialistas, cuando son escuchados, suelen insistir en ello. Sin embargo, nos encontramos, cada vez más, en una situación en la que se nos plantea, tanto en calidad de expertos como, sobre todo, en calidad de ciudadanos responsables, el tener que elegir acerca de la aceptación o rechazo (inmediato y tajante) de técnicas médicas (o asistenciales y de bases de datos, o alimentarias y de salud pública, etc.) de las que en la mayoría de los casos no se nos ofrece más que sucintas descripciones y que, incluso, están aún por desarrollar o, lo que es peor, son técnicamente inviables. Por ello, las tomas de posición se fundamentan, a falta de evidencia científica, en presupuestos idiosincrásicos que erigen conceptos poco definidos, como el de *naturaleza humana*, sin que siquiera pueda establecerse una conexión concluyente entre aquellas técnicas y su impacto sobre ésta.

Ello constituye una característica de lo que denomino la *eticización* del análisis de las nuevas biotecnologías (vid. Umerez 2003, 2004), sobre todo en lo que se refiere a las intervenciones directas sobre seres humanos (diagnóstico preimplantatorio, ciertas técnicas de reproducción asistida, "terapia" genética), aunque no sólo (organismos genéticamente modificados, clonación, impacto ecológico).

Por supuesto que, tal y como se plantea en este foro, es preciso y muy importante preguntarnos qué *podemos* hacer y qué *debemos* hacer, pero ello no nos debería llevar a desatender la cuestión respecto a qué *conocemos*. Es más, una apropiada y detenida consideración de qué es lo que conocemos ciertamente (no de lo que intuimos, anticipamos o vaticinamos) es lo que nos permitirá plantear con sentido y responsabilidad qué es lo que efectivamente podemos hacer (o podremos con seguridad en un plazo determinado dependiente sólo del desarrollo, asentamiento y generalización de técnicas ya ensayadas o al menos definidas y explicitadas) y descartar polémicas estériles. Y ahí sí, ante unas opciones bien formuladas, específicas y científicamente plausibles (que seguramente habrán de ser múltiples y no simplemente dicotómicas) podremos preguntarnos seriamente y con consecuencias qué debemos hacer, precisamente, en la forma de "¿Cómo elegir entre esas posibilidades?"

El dramatismo del planteamiento ante algo que no debiera ser más que una simpleza es deliberada puesto que, por mucho que se olvide interesada o inocentemente, en el ámbito de las nuevas biotecnologías una parte importante de la cuestión se centra precisamente en *elaborar qué es lo que conocemos*, es decir, qué consecuencias, predecibles y pretendidas, tendría el hacer algo aplicando ese conocimiento. Sin embargo, con demasiada

frecuencia nos vemos en la tesitura de saltarnos ese paso (o esos pasos) y zambullirnos sin encomendarnos a razón directamente en el torbellino del cómo debemos actuar.

El problema no reside, por lo tanto, en el hecho de preguntarnos qué debemos hacer (no es a esto a lo que me refiero con *eticización*), sino en plantearlo en modos y momentos en los que, por no estar claro qué es ciertamente lo que podemos hacer, dado que no se ha llegado a un consenso sobre el alcance de lo que conocemos, la discusión acaba por enmascarar otras cuestiones que trascienden la planteada y, en cambio, se refieren a posicionamientos rivales de orden filosófico, político o religioso. Es entonces cuando nos enzarzamos en la discusión de esas *(im)posibilidades polémicas* que pueden ser muy apasionadas (y apasionantes) pero absolutamente inanes con respecto al meollo de la cuestión como, por poner el ejemplo tal vez más paradigmático, la referida a la clonación de seres humanos. Este ejemplo nos sirve, precisamente, para clarificar lo que queremos decir: No se trata de que la clonación de seres humanos, en tanto que aplicación de técnicas de transferencia nuclear, sea imposible (por muy lejos que pueda estar técnicamente), ni que sea innecesaria su prohibición cautelar. De lo que se trata es de que la forma que revistió la polémica sí hace referencia a una imposibilidad: la de la copia fiel de individuos en tanto que duplicación de rasgos fenotípicos anatómico-morfológicos, conductuales, intelectuales, o de personalidad y el consecuente cuestionamiento de la unicidad e individualidad humanas, así como su indisponibilidad.

A diferencia del caso anterior (clonación de mamíferos a partir de células diferenciadas: "Dolly"), en el que desde el principio se alertó por parte de los expertos de que tales discusiones estaban desencaminadas, el caso de la investigación con células madre embrionarias humanas, por poner un segundo ejemplo, ha sido mucho más confuso. Desde el primer anuncio de la obtención de líneas celulares por el equipo surcoreano dirigido por Woo Suk Hwang, se lanzó la pregunta categórica: "¿está a favor de la clonación de embriones humanos con fines terapéuticos?". Dos años después hemos sabido, con bastante menor impacto mediático, que ni consiguieron derivar células madre a partir de un embrión humano clonado, ni obtuvieron células madre (a partir del método anterior) de personas aquejadas de diversas enfermedades para su futuro cultivo e implante.

Obviamente no basta con decir que la pregunta es improcedente porque estemos lejos de poder hacerlo, ni porque el anuncio de Woo Suk Hwang haya sido fraudulento. No se puede negar que se está investigando o queriendo investigar en esa dirección, y por ello es sensato preguntarnos acerca de ello. Pero aún así (aunque no haya fraude, aunque se trate de una posibilidad real), ¿están bien formuladas preguntas de ese tipo?, ¿por qué no se plantean alternativas?, ¿por qué no se presentan las diferentes líneas de investigación en nuevas formas de intervención terapéutica y se pregunta cuál preferimos en función de los recursos disponibles, de las finalidades a obtener, del grado de intervención?, ¿por qué no se contex-

tualiza en lo poco que conocemos el funcionamiento del sistema inmune si la razón es evitar el rechazo?, ¿aunque sea plausible, por qué hemos de suponer sin más que la identidad reside en el núcleo? Todo ello sin mencionar que la investigación en células troncales adultas también está progresando aunque no se publicite tanto, que los métodos de cultivo celular se pueden mejorar, etcétera.

Es decir, como en muchos otros, en este caso hay múltiples vías de abordaje, algunas se solapan y otras no, tienen diversos grados de complementariedad o independencia y, seguramente, todas merecen ser investigadas y, por supuesto, evaluadas. Ahora bien, ni la finalidad terapéutica es por sí sola una patente de corso, pues no es exclusiva, ni la manipulación de embriones es por sí sola objetable dado que tampoco es exclusiva (deberíamos suspender gran parte de las prácticas de reproducción asistida). En cualquier caso, lo que debería ser motivo de debate ético (y social y político), una vez que tuviéramos alguna técnica precisa, sería analizar en cada caso el por qué, el para qué y el para quién la pensamos utilizar.

Nos encontramos así en una situación en la que combinamos peligrosamente una (aparente) *sobre-preocupación moral* junto a una *sobre-indiferencia epistemológica* que nos lleva a fundar las opciones normativas en terrenos muy poco impugnables, con lo que el debate deja de ser constructivo. La situación es, además, paradójica puesto que esta amalgama de *desconfianza moral* y *confianza epistemológica* exageradas convierte en última instancia en impotente la propia prevención moral rigurosa; la desarma ante las dinámicas tecno-científicas del mundo actual a las que no puede oponer más que convicciones religiosas o, tal vez, entre las seculares, planteamientos primitivistas (en el sentido de *vuelta* a la naturaleza o reivindicación de lo natural inespecífico). Cualquier intento de proponer escrúpulos o recelos de corte, por ejemplo, sociopolítico o fundados en una ética civil, queda tapado por el vocerío fundamentalista tanto de los "audaces" como de los apocalípticos (o los abiertamente retrógrados), en un contexto en el que prácticamente no se cuestionan los avances científicos propiamente dichos.

AGRADECIMIENTOS

El autor agradece la ayuda de los proyectos de investigación: HUM2005-02449 (MEC) y 9/UPV 00003.230-15840/2004 (UPV/EHU).

REFERENCIAS

- Umerez, J. (2003) "La filosofía de la biología entre la biotecnología y la bioética. Sobre el papel de la epistemología entre la ciencia y la ética". Quintanilla, M.A. & Vega, J. (eds.) *La ciencia ante el público*, Salamanca: U. de Salamanca, s. VII, pp. 153-170.
- Umerez, J. (2004) "Aspectos epistemológicos relevantes en la percepción social de la biotecnología". *Inguruak, Revista vasca de sociología y ciencia política* 40: 33-46.